

Proyección religiosa de los Sucesos de Mayo

LA Iglesia es una realidad encarnada. Summum de la vida espiritual de la humanidad —la vida íntima de Dios injertada en los hombres hechos realmente hijos suyos en Jesucristo muerto y resucitado— se manifiesta históricamente a través de gestos humanos, palabras humanas, realizaciones humanas, grandezas y miserias humanas. Se manifiesta, y a veces también se disimula, bajo esa ganga humana. . .

Situada así paradójicamente en el cruce de lo humano y lo divino, su historia es la historia misteriosa del amor de Dios buscando el encuentro con el hombre en el paisaje de la historia desconcertante que teje el hombre con su libertad. Por eso toda la historia humana con sus tensiones e incidencias adquiere un significado particular para el cristiano cuando la mira en relación con el misterio salvífico. No en el sentido de que cada hecho ahora —antes de la escatología consumada— pueda ser interpretado en su significado total: entretanto, sólo el Padre conoce "los tiempos y los momentos". Nuestra reflexión presente es más humilde y en el fondo provisoria: los hechos vividos colectivamente, nos permiten vislumbrar la calidad cristiana de acontecimientos que en un primer momento nos aparecieron ilusoriamente transfigurados o empalidecidos por el espejismo de nuestra psicología humana. Y esta decantación del tiempo sobre los hechos nos permite reorientar dócilmente nuestra acción cristiana hacia el futuro.

CIENTO CINCUENTA años de vida autónoma es un espacio suficientemente largo para intentar ya este esfuerzo de retrospectiva cristiana. El 25 de mayo de 1810 señaló una vertiente que dividió la historia de nuestra nacionalidad en dos porciones heterogéneas: Surgimos como miembros de la civilización occidental asentando bases en la tradición e instituciones de España. Bajo su tutela se afirmó, en el largo decantar de tres siglos, nuestra continuidad histórica. El 25 de Mayo surgió un hito divisorio. Estos elementos se encierran desde entonces en el contexto peculiar de nuestra idiosincrasia criolla. Difícilmente los hombres que intervinieron en los hechos pudieron vislumbrar las consecuencias de la decisión que en un contexto circunstancial asumían.

El divague que entonces trazaron no sólo dio origen a una historia política crecientemente original, sino que también introdujo el comienzo de una historia religiosa con características propias.

EN ese momento se vivía en el Río de la Plata en una homogeneidad religiosa indiscutible. Todos se sentían católicos, apostólicos y romanos. En medio de los más diversos factores de divergencia que inmediatamente se pusieron de manifiesto cuando se buscó una vía institucional para proseguir el camino iniciado con la Junta de Mayo, siempre quedó fuera de discusión que la Iglesia Católica constituía el centro de unidad espiritual y la cosmovisión radical donde todos encontraban su coincidencia. Nuestro punto de paridad religioso se encontraba dentro de la concepción medieval de cristiandad, heredada por mediación de la influencia civilizadora de España: una comunidad idéntica, regida en el orden público por dos poderes —el eclesiástico y el civil— que en principio reconocían mutuamente la legitimidad de sus intervenciones. En la realidad concreta esta situación traía como consecuencia política una tensión latente entre ambos poderes, que buscaban la delimitación de sus atribuciones respectivas, mal definidas en un orden puramente teórico y todavía complicadas, por añadidura, con las múltiples concesiones de privilegio que investían a los Reyes de España con un derecho de intervención en lo eclesiástico, hasta un límite para nosotros ahora inimaginable (Regio Patronato).

Esta tensión celosa entre ambos poderes había logrado precedentemente en el Río de la Plata, su expresión ideológica paralela en las tesis regalistas palatinamente sostenidas en la última época de la Universidad de Córdoba. Y dentro de ese ambiente ideológico, una circunstancia peculiar trajo como consecuencia, en el momento de la secesión, la ampliación inevitable del intervencionismo civil en asuntos eclesiásticos hasta el absurdo. El romperse del régimen colonial que vinculaba las iglesias de las Indias Occidentales con la Catedral Romana por medio de la Corona Española, produjo el paradójico resultado de la jerarquía íntegra de un país católico prácticamente incomunicada con la Sede Romana... Esta incomunicación nunca cristalizó en una actitud cismática formalmente tal: demostración palmaria

del sentido católico esencial que informaba al clero, autoridades y pueblo en el Río de la Plata. Pero empujó a los pocos Obispos de estos territorios, a los diversos Superiores Eclesiásticos y a los personeros de la Autoridad Civil a creerse autorizados para asumir decisiones de competencia exclusiva de la Santa Sede y a admitir como legítimas, presiones abusivas del Poder Civil en terrenos netamente eclesiásticos.

Primeros ejemplos de esta actitud, son las respuestas afirmativas del Deán Gregorio Funes y de Juan Luis de Aguirre a la consulta que la Junta de Mayo les sometió a propósito de la transferencia de los derechos de Patronato a las nuevas Autoridades que sustituyeron a los Reyes de España. Este hecho inicial, contemporáneo de los primeros días de la autonomía, se prolongó con creciente actitud en las resoluciones con que la Asamblea del año 13 invadía la jurisdicción eclesiástica y culminó en la "Reforma Eclesiástica" del año 22, obra del Ministro Bernardino Rivadavia, "consecuencia de un regalismo rotundo desplegado sin miramientos" (Rómulo D. Carbia).

Así, la configuración de nuestras instituciones independientes comenzaba bajo el signo de un catolicismo socialmente admitido, pero trabajado desde adentro por la crisis íntima que los abusos admitidos del poder civil tendían a crear: si el poder eclesiástico quedaba sometido a la presión del poder civil, era inevitable que en un momento dado el poder civil querría convertir a la Iglesia en un organismo más dependiente de su soberanía. Y ante una Iglesia que por fin cobrara conciencia neta de su indeclinable soberanía espiritual, terminaría provocando una ruptura de oposición.

EL germen de esta desagregación de nuestra unidad espiritual se desarrolló latentemente durante setenta años, casi la mitad de nuestra historia independiente. Y repentinamente se puso de manifiesto cuando en 1880 el General Roca asumió la presidencia de la República. Una minoría extranjerizante, empapada de las ideas liberales de la época, encuentra con él la posibilidad de una efectiva expresión política. Bajo el impacto de esa minoría se rompe entre nosotros institucionalmente la cristiandad unificada. El Estado se constituye entonces como una realidad sin continuidad con la conciencia religiosa de los ciudadanos; y la Iglesia aparece frente a este Estado laicizado como una extraña y molesta advenediza. Una serie de medidas simbolizan el nuevo orden de cosas: la prohibición de la enseñanza religiosa durante el horario escolar (ley del 14 de julio de 1883); la deposición gubernamental del Vicario Capítular de Córdoba Dr. Jerónimo Clara (abril de 1884); la preparación del proyecto sobre matrimonio civil, finalmente sancionado en 1887; la expulsión del Delegado Apostólico Mons. Mattera (14 de octubre de 1885); el intento fracasado de sanción a una ley de divorcio (1902).

Frente a esta situación sin precedentes, la reacción popular católica fue profunda como actitud de espíritu, pero casi absolutamente ineficaz en el logro de resultados prácticos. En parte por el desconcierto, y en parte por el carácter prevalentemente tradicional y afectivo de un catolicismo que en los años precedentes se había visto incapacitado para trasmitirse con una instrucción religiosa suficientemente profunda. Hay que situarse en el ambiente de la época para comprender la incidencia de la escasez de clero y de la falta de calma pública en la formación religiosa, durante los largos años de lucha cruenta que comportaron las guerras de la Independencia y las disenciones intestinas entre los caudillos de las diversas provincias.

EL primer resultado visible del desgarramiento de ese trágico fin de siglo, fue la coexistencia en nuestra realidad institucional de dos moldes antitéticos: el molde religioso, gradualmente reconstruido por la Iglesia mediante sus propios medios de acción y en contitución con la tradición precedente; y el molde anticristiano del orden civil instrumentado a hacer desaparecer en la medida de lo posible toda influencia pública de la Iglesia. Desde entonces nuestro ser nacional vive en la incómoda ansiedad de esta antítesis.

A 150 años de los acontecimientos de Mayo, la historia vivida propone a nuestra Iglesia el problema de cómo volver a convertirse en el principio animador de nuestra comunidad de argentinos. Con un sentido y base diversos a los existentes en los albores de la secesión. Entonces la coyuntura histórica le hacía buscar su camino en el cuadro del régimen circunstancial que hundía sus raíces en las peculiares circunstancias del Medio Evo. Ahora se encuentra frente a un Estado moderno, institucionalmente laicizado. Lo que entonces lograba en el seno de una comunidad de conciencia católica preexistente e indiscutida por acuerdo con las Autoridades, también católicas confesionalmente, ahora debe lograrlo desde la base, en su órbita específica de influencia. Evangelizando a los hombres de nuestro pueblo, llevándolos a una auténtica conversión de corazón y por ella a una fe adulta, responsable y consciente de sus dimensiones sociales, debe tender desde abajo una nueva forma de homogeneidad espiritual: la que nace no sólo de una herencia tradicional indiscutida —esto se rompió para nosotros hace 80 años— sino del acuerdo reencontrado bajo el reanuncio del Evangelio en la Verdad siempre antigua y siempre nueva que se nos reveló en Jesucristo.

La solución ya está en vías de hecho en el dinamismo actual de nuestra Iglesia. Frente al pesimismo sin perspectivas de los que considerando el catolicismo práctico dentro de nuestras fronteras como una minoría en tren de desaparición, nuestra Iglesia puede ostentar en este aniversario el largo camino recorrido desde comienzos de siglo con un clero numéricamente insuficiente, un crecimiento demográfico desproporcionado a los recursos

de asimilación espiritual disponibles, y a partir de un pueblo pobremente informado: el florecimiento de la Acción Católica que en su corta historia ha creado en los católicos la necesidad de convertirse en una fuerza espiritualmente penetrante; la multiplicación y la calidad creciente de las vocaciones clericales y religiosas; el respeto y el prestigio ganado por la Jerarquía Católica en el orden público; la formación de familias auténticamente cristianas, promesa de un crecimiento vegetativo de la Iglesia en los años subsiguientes; la práctica sacramental y la educación litúrgica de nuestros fieles....

También a nivel de la historia ha sido verdad para nosotros el grito desconcertante de la Esperanza Cristiana: "Cuando soy débil, entonces precisamente comienzo a ser poderoso" (2 Cor. 12, 10). Poderoso con la fuerza de la Iglesia purificada, reveladora de la energía de la gracia de Dios.

La Dirección.